

UN PUERTO DE TODOS Y PARA TODOS



Hace unos días, sentado en el mirador que hay cerca del dique del oeste del puerto de Palma con mi amigo José Luis Miró, comparábamos el proyecto que se pretende llevar a cabo en dicha dársena con otros puertos que también han debido adaptarse a las necesidades que exigen los nuevos tránsitos y a las demandas sobre mercancías que piden los residentes en la Isla. Es verdad que toda ampliación sobre elementos valiosos del paisaje y de la naturaleza se convierte al instante en una agresión hacia distintos ecosistemas. Sin embargo, no es menos cierto que los ciudadanos de las villas costeras, mucho más los habitantes de las islas, necesitamos de los puertos no sólo para crecer, que esto podía discutirse, sino que precisamos de ellos para nuestra supervivencia. Algunos pueden no saber, o jamás se han parado a pensar que, el 97% de las mercancías que utilizamos en las islas llegan por la mar, y es necesario estar preparados para acoger a los nuevos barcos, que precisan, cada vez más, de exigentes servicios portuarios. Lo que hace falta es trasladar a la mar el proyecto más idóneo, y el que cuente con más aceptación técnica y ciudadana, escuchando a los diferentes colectivos, pero sobre todo, abandonando de una vez esa falta de tacto administrativo que nos gastamos en España fruto de nuestra todavía mala calidad democrática.

He tenido la suerte de conocer de forma profesional la ampliación del que seguramente ha sido uno de los muelles más polémicos del Mediterráneo: la ampliación del puerto de Mónaco, donde el turismo, al igual que en Palma, constituye su fuente más importante de riqueza; dicho muelle se construyó en la ciudad gaditana de San Roque. Y lo que en principio parecía un galimatías de imposible solución, tras sentarse técnicos de varios países con las partes afectadas, en unos meses se convirtió en un proyecto sólido que mereció la aprobación, incluso, de los duros planteamientos ecologistas de los diferentes colectivos galos. Estaba claro que la obra no podía servir para su ejecución de las calles y carreteras del Principado. Por eso, todo se hizo desde la mar, sin afectar a la vida de la ciudad.

En Bilbao sucedió algo parecido, y los seis nuevos muelles que se han construido en el Abra se han ejecutando desde gabarras y diques flotantes que luego se hundían. Lo mismo ha pasado en otros grandes puertos españoles y europeos. Al final, se puede ganar espacio y de paso alejar la actividad industrial de la ciudad, descontaminando de muchas formas, incluida la acústica, las riberas y paseos, abriendo el entorno a una nueva forma de convivencia.

En España, por desgracia, todos tenemos la sensación de que los puertos son de unos señores permanentemente enfadados que siempre hacen lo contrario de lo que el ciudadano demanda. Unos tipos que usan los votos que llevaron a su partido al poder para hacer lo que les viene en gana y de paso beneficiar a unos cuantos. Antes teníamos una sensación parecida con el Ejército: sin embargo, al integrar en el mismo a

diferentes clases de población voluntaria hemos empezado a sentirnos representados por él, a quererlo y admirarlo por las importantes labores que realiza. En los puertos, los que trabajan en ellos y cobran sus sueldos de nuestros impuestos, deben escuchar a quienes más saben de estos asuntos, pero no sólo a los de su partido, pues su obligación es conseguir un mayor bienestar para todos. Y que los ciudadanos, los que pagamos su mantenimiento, acabemos por sentirnos integrados en esas fantásticas puertas de agua al mundo que son los puertos. Donde cada día llegan, parten y se cruzan miles de vidas anónimas como las nuestras. Podemos usarlos no sólo para suministrar y contaminar, sino también para disfrutar. Ahí están los ejemplos de Barcelona, Bilbao, Alicante, Castellón o Málaga, que han empezado a saber compaginar la necesidad, la industria, el ocio, la ecología y la imprescindible convivencia.